

Manuel B.
REAL ACADEMIA SEVILLANA

A-C.177/2

DE

BUENAS LETRAS

CONMEMORACION

DEL ANIVERSARIO CCLXI

DE LA

MUERTE DE CERVANTES

EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1877



SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^{ta}, impresores de Cámara de S. M.
y de SS. AAA. RR. los Serms. Sres. Infantes Duques de Montpensier
Tetuan. 24.

A-Caj. 177 1/2

R.

182316

REAL ACADEMIA SEVILLANA
DE
BUENAS LETRAS

CONMEMORACION
DEL ANIVERSARIO CCLXI
DE LA
MUERTE DE CERVANTES
EN EL DIA 23 DE ABRIL DE 1877



SEVILLA: 1877

FRANCISCO ALVAREZ Y C.^ª, impresores de Cámara de S. M.
y de SS. AA. RR. los Serms. Sres. Infantes Duques de Montpensier
Tetuan, 24.

3-28



DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. Fernando de Gabriel y Ruiz de Apolaca

DIRECTOR DE LA ACADEMIA

SEÑORA,

SERMOS. SRES., RESPETABILÍSIMO CONCURSO:

Apremiado por los múltiples asuntos y quehaceres que trae consigo la vida pública, no todos, además, gratos, pero sí todos grandemente ajenos, y aún muchos opuestos, al cultivo de las Letras; convaleciente todavía de una indisposición, si bien no grave, harto penosa; conturbado y afligido el ánimo por una desgracia tan inmensa como irreparable, por la pérdida de una ilustre dama que desde hace más de veinte años me honraba con amistad especialísima, y que al morir ha dejado un vacío imposible de llenar en mi corazón, privado ya para siempre de la dulzura y el encanto de su trato, en que resplandecían su entendimiento clarísimo, realzado por la más absoluta falta de pretensiones, su exquisita sensibilidad, y la rectitud apacible y benévola de su alma, no ménos hermosa que lo había sido, y aún lo era, su rostro; vacío que ciertamente existe también en el corazón de sus amigos todos y en el de los infinitos desgraciados de quienes su ardiente y nunca saciada caridad era verdadera providencia; y pérdida, en fin, que es al propio tiempo ocasión de llanto perdurable para las Letras pátrias y para el mundo todo literario, que, bajo el pseudónimo, ya inmortal, de FERNAN CABA-

LLERO, admirábala como Novelista inimitable, véome, sin embargo, obligado, por el deséo, para mí honrosísimo, de esta Real Academia, á llevar su voz en la solemnidad presente; encargo, si en todos los casos muy superior á mis fuerzas, hoy más que nunca difícil, atendidas las razones que acabo de exponer y que me vedan desempeñarlo debidamente.

¡Viviera mi antecesor dignísimo en la Direccion, que harto más que yó merecía, de la Academia! ¡Viviera mi amigo del alma Fernandez-Espino, y con su rara erudicion, y con su conocimiento profundo de la Literatura española, de que era sábio maestro en la esclarecida Universidad hispalense, y con su galanura en el decir, triunfára sin duda alguna de tantos obstáculos, y entretuviera agradablemente y con gran provecho á este ilustrísimo auditorio, como yá en igual solemnidad tuvo ocasion de hacerlo años pasados! Pero la muerte, siempre implacable, lo arrebató tambien, no há mucho, á nuestro cariño y al lustre de esta Academia, y forzoso se hace que séa yo quien en este momento llene, aunque imperfectamente, un lugar, que de manera tan cumplida y con autoridad tanta hubiera él señoreado.

En la necesidad, pues, imprescindible de dirigir al ménos algunas palabras á quienes tan benévolamente me escuchan, sírvame de excusa para la brevedad y escasa valía de las que pronuncie, de una parte mi insuficiencia; de otra cuanto he manifestado que viene hoy á aumentarla; de otra, finalmente, hasta la circunstancia de alzar mi voz para referirme al Príncipe de nuestros Ingénios, cuyo elogio fatiga há cerca de siglo y medio las prensas de las naciones todas, y sobre quien tanto se ha dicho, comentado y hasta delirado, que no otra cosa que esto último acaba por acontecer, cuando siempre y á tal punto se fija rebusca-

damente la atención sobre un asunto mismo; y de alzarla en inusitadas condiciones, teniendo ante mis ojos la Magestad augusta de la Madre, siempre por mí venerada, de nuestro excelso Monarca, y los altos respetos, también debidos, á sus egrégios hermanos los Serenísimos Señores Infantes Duques de Montpensier.

Esto significado, y entrando ya á cumplir con la obligación ineludible que sobre mí pesa, he de fijar para ello la vista en determinado y gloriosísimo período de la historia patria, cuya contemplación, si es para todos sobre manera interesante, ofrece aún mayor interés para quien, como yo, nó las Letras sino las Armas, tuvo por primitivo y profesional ejercicio; y ha de llevarnos además, como de la mano, á tributar el homenaje que hoy nos proponemos rendir, y para lo cual nos hemos reunido en este sagrado recinto, donde por especial coincidencia, y al paso que se elevan fervorosas preces á Dios omnipotente, descansan en artísticos mausoléos no sólo hijos propios ó adoptivos de este privilegiado suelo, insignes en las Letras, sino otros no ménos insignes que alcanzaron renombre eterno con las Armas.

¡Época de verdaderas maravillas es la que cupo en suerte á nuestra España al espirar la Edad Media y correr la primera centuria y áun gran parte de la segunda de las que constituyen la Edad Moderna! Desde el advenimiento al Trono de los Reyes Católicos, á quienes debe la Monarquía española, propiamente dicha, su formación, hasta que en el reinado de Felipe IV palidece decididamente nuestra ántes tan esplendorosa estrella, y sucumben, aunque con gloria altísima, en los campos tristemente famosos de Rocroy, aquellos temidos tercios, aquella hasta entónces invencible infantería que amaestraron y rigieron los Gonzalos y los Leivas, los Albas y los Requesens, los Austrias y los Farnesios, los Spínolas y los Fuentes, es tal la suma de hazañas que ilustra nuestros anales,

tal el brillo de nuestras letras y nuestras artes, tal la profundidad de nuestra ciencia, tal el número y la grandeza de los varones eternamente memorables á quienes todo esto es debido, que la imaginacion más acalorada y fantástica puede apenas concebir y mucho ménos abarcar tantos prodigios!

España era literalmente entónces la primera nacion del mundo, y pasma, y asombraría, si no se parase mientes en la inestabilidad de todo lo humano, que viniera á caer, no mucho despues, en el abatimiento y la impotencia que fueron patrimonio de los sucesores de quienes tan alto habian elevado el nombre y el poderío de la Señora de dos Mundos.

Ante este espectáculo un escritor militar, tambien, como yo, artillero, queriendo volver por el buen nombre de la pátria y por los fueros de la verdad y de la justicia, exclama elocuentemente al dar principio á su *Memorial Histórico* del Cuerpo en que servía:

«Cuando en el siglo XVI y principios del XVII retumbaba la Artillería Española desde Flándes hasta Chile, todo se hacía á la española. La lengua de moda era la castellana. La ciencia de la guerra se aprendía por la *Teórica y Práctica* de D. Bernardino de Mendoza y el *Perfecto Capitan* de D. Diego de Álava. La navegacion se estudiaba en Francia por el *Arte de Navegar* de Pedro de Medina, y en Inglaterra por el *Breve compendio de la Esfera y Arte de Navegar* de Martin Cortés. En París pasaban por los mejores matemáticos los españoles Álvaro Tomás, Pedro Cornel y Martin Silíceo. En toda Europa resplandecía la erudicion de nuestros historiadores y el vuelo de nuestros poetas, y se admiraba, sin poder imitarlo, el arrojo de nuestros primeros navegantes Pinzon, Ojeda, Elcano y Urdaneta.

»Pero aquella agigantada Monarquía fué perdiendo su poder, y los extrangeros que, aunque humildes miéntras

vencidos, se habían mantenido siempre envidiosos, viéndonos débiles, nos trataron de ignorantes.

»La gloria militar de Gonzalo de Córdoba, de Pedro Navarro, de Antonio de Leiva y del Duque de Alba fué tratada de vandalismo. El valor y la constancia sin ejemplo de Cortés y Pizarro se tuvieron por crueldad y superstición. Se nos acusó de corruptores de la literatura. Se llamaron bárbaras nuestra poesía y nuestra historia. Los viajeros describieron á España como el país de los Hotentotes, pintándonos estúpidos y sin crianza, pobres, puercos y celosos. Los geógrafos hicieron desaparecer de los mapas los nombres españoles, que pusieron nuestros marinos para consignar la fama de sus descubrimientos. Los juristas tacharon de despóticas é inciviles á nuestras leyes, objeto seguramente en que estábamos adelantados á ellos algunos siglos: y, en fin, tan ruda y porfiada persecucion sufrieron nuestros conocimientos y nuestras glorias, que, como en prueba de la inutilidad española, se hizo pasar hasta el dia por frase favorita la insultante mentira de que *el África llega hasta los Pirineos.*»

Así se expresa D. Ramon de Salas, con razon harta y con patriótica y calurosa indignacion. Apartando nosotros los ojos de la última parte del cuadro que tan concisa, pero tan magistralmente describe, y fijándolos sólo, como ya empezamos á hacerlo, en la primera, que es lo que ahora cumple á mi intento, digamos con él que entónces todo se hacía á la española; y asombrémonos de que haya pretendido negarse á la nacion descubridora de un Nuevo Mundo; á aquella á quien exclusivamente se debió en lo humano que el Catolicismo no desapareciera de la haz de la tierra á los embates de la Reforma protestante y que el Cristianismo todo no pereciese despues al empuje de la Media-Luna en las aguas de Lepanto; á aquella que fué madre fecunda de tantos

artistas y poetas, de tantos escritores y sábios, haya pretendido negársele, repito, toda influencia en la civilizacion y cultura de la humanidad: primero en el pasado siglo por un escritor que dió motivo á la justa defensa de nuestra pátria hecha por Denina y por Forner; más tarde, en nuestros propios dias, y esto causa aún mayor asombro, tenida en cuenta la autoridad misma de la persona, por un hombre tan eminente como Mr. Guizot.

Felizmente la historia no puede borrarse, ni en último término desconocerse. Ella pregonará siempre nuestra grandeza sin rival ni ejemplo, en el siglo de oro de nuestra pátria; y, ¡cosa verdaderamente peregrina, y que es la que me propongo consignar una vez más en estos desaliñados renglones! en ella tienen parte tan alta nuestros soldados, que no sólo se les deben los triunfos increíbles alcanzados por su acero en todos los campos de batalla del mundo, sino que la fama literaria de España, no ménos elevada y grande, conquistada en aquel entónces; esa fama por donde aún vive el nombre español en la esfera del sentimiento y de la inteligencia, cuando ya no queda apénas ni la sombra de su poderío y hasta para la presuntuosa generacion extranjerá contemporanea, casi puede decirse que no ha existido nunca, también á soldados españoles es debida.

No yo, esa misma imparcial historia á quien ántes he apelado lo consigna en sus veraces é imperecederas páginas. Todos lo sabéis. Ilustran y publican, para perpétua enseñanza, los gloriosos hechos de sus mayores y de sus coetáneos, guerreros tan valerosos como D. Diego Hurtado de Mendoza, el Conde de Osona y D. Francisco Manuel de Melo, y sus historias de la Guerra de Granada, de la Expedicion portentosa de Aragoneses y Catalanes contra Turcos y Griegos, y de los Movimientos, Separacion y Guerra de Cataluña, son clásicos modelos que obra alguna ha oscurecido todavía ni

oscurecerá nunca; como tampoco oscurecerá jamás la justa reputacion de que gozan tambien entre los doctos los escritos históricos de D. Luis de Avila, de Gonzalo Fernández de Oviedo, de D. Bernardino de Mendoza, de D. Carlos Coloma, de Francisco Verdugo y de otros muchos. Pulsan la lira con tal ternura é inspiracion tanta unos, con tanta gracia otros; con fuego y energía tan inusitados algunos, que los nombres y las poesías de Garcilaso de la Vega, aclamado Príncipe de los Poetas Españoles; Acuña y Figueroa, apellidados ámbos *divinos*; Boscan, el mismo Hurtado de Mendoza, Castro, Aldana, Rey de Artieda, Zárate, Baltasar del Alcázar, Gutierrez de Cetina, el Conde de Rebolledo, el Príncipe de Esquilache y otros ciento vivirán tanto como viva la lengua castellana que á tal punto contribuyeron á fijar y engrandecer. Rayan más alto en lo épico Alonso de Ercilla principalmente, Juan de Castellanos, el capitán Espinosa y Cristóbal de Virués, que poeta alguno español, y cuenta que el primero, que de todos se diferencia grandemente, escribía en sus robustas, entonadas y sentenciosas octavas cada noche, sobre el campo mismo de batalla, y hasta en pedazos de cuero, y en fragmentos pequeñísimos de papel, nó en el sosegado retiro y en la comodidad de su gabinete, las proezas que cada día se realizaban ante sus ojos y en que muchas veces era él mismo actor principalísimo, por más que su verdadera modestia se opusiese á la celebración de sus propios hechos. Elevan á su vez el Teatro español á un punto á donde no ha llegado ni llegará otro alguno, dos verdaderos géñios, ámbos aguerridos soldados y cuyos nombres basta pronunciar para que todo elogio sea pálido, toda alabanza fría, toda ponderacion de su mérito inferior á la realidad: refiérome ¿hay acaso necesidad de decirlo? al que como nadie ha presentado en la escena el tipo arrebatador y delicado de la dama castellana; á quien tambien como nadie supo pintar

el caballero español, modelo acabado de toda hidalguía: á Lope de Vega y Calderon.

Resta sólo poner digno término y remate á esta enumeracion gloriosísima, que prueba cómo entre nosotros, en esta España, ántes tan temida y hoy tan vilipendiada, y entónces y ahora, por todo esto mismo, más querida para nosotros de quienes es Madre dulcísima, siempre las Armas y las Letras fueron cariñosas hermanas, y cómo aquí, segun yá dijo en el siglo XV otro guerrero y poeta preclarísimo, el Marqués de Santillana, *nunca la sciencia embotó el hierro de la lança nin fiço floxa el espada en la mano del cavallero*; resta sólo, repito, terminar con un nombre que en sí encierra toda la glória literaria de España: con el nombre *del escritor alegre, el regocijo de las Musas, el Manco sano, el famoso todo*, como hubo acertadamente de calificarle el Estudiante, cuyo encuentro nos refiere en el Prólogo del Persiles; con el nombre del Soldado inmortal, cuya muerte conmemoramos hoy; con el del PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Cierra él con llave de oro esta portentosa galería, cuya evocacion ha sido el objeto de mi discurso para venir á este término, y no he de añadir yo nuevos laureles á su frente nobilísima, de ellos tan rodeada, extendiéndome en un elogio suyo innecesario, cuando el mundo todo lo ha hecho yá, á porfía, objeto de sus alabanzas; ni ménos he de procurar adquirir fama de sutil ni de ingenioso atribuyéndole designios y alambicamientos que, á mi juicio, nunca tuvo, y que él tampoco quiso que se le atribuyeran. Sería desvirtuar el mágico efecto que la sola enunciacion de su nombre y el solo recuerdo de su glória, nunca igualada por escritor alguno de ningun siglo ni país, suscitan en cuantos tienen un corazon bien templado y abiertos sus ojos á la luz de la inteligencia. Nó; el novelista sin rival en el orbe literario; el escri-

tor de una obra que es de todos los tiempos y de todos los pueblos, y que, como él mismo profetizó, ofrece igual encanto á los niños, que á los mozos y á los ancianos, pues no hay nadie, cualesquiera que sean su edad, su condicion, el estado de su ánimo y sus aficiones, que no encuentre atractivo particular en su sazónada lectura, como que en ella alternan y se suceden con facilidad pasmosa lo grave y lo festivo, brota la risa de las lágrimas y de las lágrimas la risa, lo ideal llega á lo sublime y la realidad es la verdad misma, los caracteres y las costumbres hállanse pintados de mano maestra, suspenden y encantan las descripciones, los pensamientos son altísimos y honrados, laudables sobre todo encarecimiento los propósitos, el conocimiento del corazón humano profundísimo, dando por resultado que los tipos y las pasiones que en el libro se agitan no puedan nunca morir, y que de cada línea surja naturalmente y sin esfuerzo alguno, como de manantial purísimo clara y fertilizadora corriente, una sentencia ó una enseñanza de aplicacion perdurable, hija no de una omniscencia universal, sino de un espíritu observador y reflexivo, de una larga experiencia duramente adquirida en los infinitos lances y vicisitudes de una existencia por demás accidentada, y del maravilloso poder de intuicion sólo al génio reservado; el autor, en fin, de *El Quijote*, aquel por quien la gallarda, la sonora, la expresiva y magestuosa lengua de Castilla, se llama y llamará siempre la lengua de Cervantes, no ha menester de mi pobre aplauso. Todos vosotros se lo tributáis en este instante de lo íntimo de vuestra alma y de lo más profundo de vuestro corazón, harto más valioso si no más entusiasta, y tan sincero y ardiente como pudiera serlo la expresion del mío.

Y al tributárselo, no lo hacéis ciertamente sólo al escritor eminentísimo, se lo tributáis también al varon fuerte, al pun-donoroso caballero, al soldado herido en Lepanto, al que si-

guió despues con honra no menor las invictas banderas del gran Marqués de Santa Cruz; al cautivo de Argel, que aherrojado y desde el fondo de su calabozo hacía estremecer á sus tiranos y hasta les inspiraba consideracion y respeto; á aquel, por último, á quien basta para amar, leer las líneas que en el prólogo de su segunda parte del *Ingenioso Hidalgo*, dedica á vindicarse, con tanta dignidad como dulzura, y con los más sentidos acentos, de los destemplados é injustos ataques de que le había hecho objeto el falso Avellaneda en su Quijote.

No me es dado resistir al deséo de recordarlas en este lugar, trasladándolas punto por punto en su parte más pertinente, y créo así hacer el mayor elogio de Cervántes que cabe en lo posible, tal y tan grande es el que de sus propias palabras se desprende en honor suyo:

«Válame Dios, y con cuánta gana debes de estar esperando ahora, lector ilustre, ó quier plebeyo, este prólogo, creyendo hallar en él venganzas, riñas y vituperios del autor del segundo Don Quijote: digo de aquel que dicen que se engendró en Tordesillas, y nació en Tarragona. Pues en verdad que no te he de dar este contento: que puesto que los agravios despiertan la cólera en los más humildes pechos, en el mío ha de padecer excepcion esta regla. Quisieras tú que lo diera del asno, del mentecato y del atrevido; pero no me pasa por el pensamiento: castíguele su pecado, con su pan se lo coma, y allá se lo haya.

»Lo que no he podido dejar de sentir es que me note de viejo y de manco, como si hubiera sido en mi mano haber detenido el tiempo, que no pasase por mí, ó si mi manquedad hubiera nacido en alguna taberna, y no en la más alta ocasion que vieron los siglos pasados y los presentes, ni esperan ver los venideros. Si mis heridas no resplandecen en los

ojos de quien las mira, son estimadas á lo ménos en la estimacion de los que saben dónde se cobraron: que el soldado más bien parece muerto en la batalla, que libre en la fuga: y es esto en mí de manera, que si ahora me propusieran y facilitáran un imposible, quisiera ántes haberme hallado en aquella faccion prodigiosa, que sano ahora de mis heridas, sin haberme hallado en ella. Las que el soldado muestra en el rostro y en los pechos, estrellas son que guían á los demás al cielo de la honra, y al de desear la justa alabanza: y háse de advertir, que no se escribe con las canas, sino con el entendimiento, el cual suele mejorarse con los años.

»He sentido tambien que me llame envidioso, y que cómo á ignorante me describa qué cosa séa la envidia, que en realidad de verdad de dos que hay, yo no conozco más que á la santa, á la noble y bien intencionada: y siendo esto así, como lo es, no tengo yo de perseguir á ningun sacerdote, y mas si tiene por añadidura ser Familiar del Santo Oficio; y si él lo dijo por quien parece que lo dijo, engañóse de todo en todo, que del tal adoro el ingenio, admiro las obras y la ocupacion continua y virtuosa.»

Así Cervántes, así aquel varon verdaderamente justo, así aquel soldado valentísimo, así aquel génio incomparable.

Permítaseme ahora á mí para concluir, y sólo como desahogo poético, y como doble y respetuoso homenage al soldado y al escritor, reproducir á continuacion las Décimas que en el seno de esta Academia, y cuando por vez primera, hace yá algunos años, quiso rendírsele, si bien no en la forma actual, el debido tributo, tuve ocasion de consagrarle. Cinco años son para la generacion presente lo que para nuestros mayores toda una centuria. El vapor y la electricidad de una parte, condensando los acontecimientos, y haciéndonos vivir mucho en breve tiempo, y nuestra índole desdeñosa y olvidadiza de otra,

producen este resultado. Tendrán pues, para los más el mérito único que pueden tener, el de la novedad; máxime habiendo introducido yo en ellas posteriormente alguna variante, y hasta alguna estrofa, entónces, por lo tanto, no leída. En tal concepto se me ha expresado por alguien muy autorizado que me escucha el deséo de que las reproduzca.

Hélas, pues, aquí:

Á CERVANTES

Entre las revueltas olas
 Del hondo mar de Lepanto,
 Al viento el Lábaro santo
 Dan las naves españolas.
 Flámulas y banderolas
 En topes y entenas largan,
 Y al par que las velas cargan,
 Enmendándose á porfía,
 Retumba la artillería
 Y al Turco de horror embargan.

Súbito una trompa suena
 Y de hinojos prosternados
 Alzan á Dios los soldados
 Plegaría de fervor llena.
 Gallarda luégo y serena
 Velocísima fragata,
 Que la flota entera acata,
 De su centro se desprende
 Y á su paso el agua enciende
 Que en su cristal la retrata.

Allí vá el hijo inmortal
 Del gran César Cárlos Quinto,
 Cuyo acero en sangre tinto
 Verá el Infiel por su mal.
 De silencio hace señal,
 Y hasta los más alentados
 Sienten sus brios doblados
 Oyendo del lábio augusto
 Cuán noble, cuán grande y justo
 Es lidiar como esforzados.

Hora de nuevo la suerte
 Del mundo torna á jugarse,
 Y vá la Barbarie á hallarse
 De España ante el muro fuerte.
 Alzarse del polvo inerte
 EL CID, GONZALO, GUZMAN,
 Y al contemprar á DON JUAN
 Y aquella potente Armada,
 Ven su aspiracion colmada.
 ¡Por siempre hundido el Islam!

Tremendo estalla el combate,
 Y en la galera *Marquesa*
 Parte demanda en la empresa
 Jóven que la fiebre abate.
 En vano pretende acate,
 El Capitan, su mandato,
 Que el mozo, en noble arrebato,
 Dice que morir es ley
 Por su Dios y por su Rey,
 Y fuera, no hacerlo, ingrato.

Luchando como un León,
De propia sangre cubierto,
Cae al fin... ¿Acaso ha muerto
En tan gloriosa ocasion?
Oh nó! para admiracion
Perpétua y gozo profundo
Su génio inmenso, fecundo,
Aún un libro ha de escribir,
Y por él ha de vivir
Cuanto España y cuanto el mundo.

COMPOSICIONES POÉTICAS

SEGUNDO TEMA

UNA COMPOSICION LÍRICA

EN LOOR

DE MIGUEL DE CERVANTES

A Cervantes

Glória y martirio.

Cubierta ya de laureles,
cruzó el mar la pátria mia,
y un mundo, al volver, traía
á remolque en sus bajeles.
No quiso en luchas crueles,
dignas de eterna memoria,
hacer más grande su historia
ni alcanzar timbres de guerra:
buscaba espacio en la tierra
para escabel de tu gloria.

Ya la empresa coronada,
el soberbio castellano
del uno al otro Océano
tendió vencedor la espada;
y Dios, al mirar formada
pátria digna de gigantes,
sus brazos alzó triunfantes
diciendo: «Hagamos un hombre
tal, que á los siglos asombre»—
y naciste tú, CERVANTES.

Pobre techo, humilde cuna
 te empezaron á enseñar
 que no marchan á la par
 el ingénio y la fortuna.
 Cumplióse en tí, cual ninguna,
 la ley que Cristo al venir
 quiso el primero sufrir:
 el que la glória ha de ver
 halla un establo al nacer
 y una cruz para morir.

España; que se extravía
 siempre en pos de grandes cosas,
 soñó historias portentosas
 de andante caballería.
 Llegando á pedir un día
 á su ingénio más activo
 de algun paladín altivo
 hazañas dignas de espanto,
 —«Yo—respondiste en Lepanto—
 las hago, no las escribo.»

Mas ¡ay! de la suerte ingrata
 la mano implacable y dura
 cuando es mayor tu bravura
 con más saña te maltrata.
 Porque tal vez, insensata
 la tierra, al verte se asombre
 y rinda culto á tu nombre,
 con un dolor sin segundo
 quiso Dios mostrar al mundo,
 CERVANTES, que eras un hombre.

Pues tan estrecho se anida
con lo humano el padecer,
que viene junto á nacer
el llanto con nuestra vida.
Por ley del cielo cumplida,
es dolor cuanto es sentir.
¡Bien pudo el mundo advertir,
por lo amargo de tu mal,
que eras de carne mortal,
ya que ser hombre es sufrir!

Y, cuando asombrado oyó
en tus lábios un quejido,
de ensalzarte arrepentido
con desden te rechazó.
¡Nunca el hombre comprendió
glórias que parecen sueño;
y en demostrar tiene empeño
que no es tan grande y profundo
quien cabe dentro del mundo
siendo el mundo tan pequeño!

Hoy una tumba te encierra
y eres pasmo de la Fama,
que sólo por grande aclama
lo que no muere en la tierra.
Siempre con la dicha en guerra
tu vivir fué padecer.
¡Ay! no vuelvas á nacer;
que aumentára tu dolor
verte hoy tan digno de honor
y tan despreciado ayer.

¡Libro de grandeza suma
 ha de ser el que la vida
 del hombre muestra esculpida
 por el cincel de tu pluma!
 Tal vez ninguno presuma,
 al darle tan alto precio,
 lo inmenso de tu desprecio
 que, teniendo el mundo en poco,
 al que no tilda por loco,
 suele escarnecer por necio.

¡Qué dulces consuelos vierte
 ese tu libro inmortal,
 dejando locura y mal
 en el dintel de la muerte!
 Así triunfó de la suerte
 tu fé, por cristiana, ciega;
 y al caer en la refriega
 tu labio fiel murmuraba:
 —«¡Vida; locura que acaba!
 ¡muerte; la luz que nos llega!»

A tal esperanza asido
 caminaste por el suelo,
 la vista fija en el cielo
 cual navegante perdido;
 y el cielo, siempre escondido,
 entre su negro capuz
 mostraba el rayo de luz
 que ibas con afán buscando,
 siempre de rumbo cambiando,
 siempre cambiando de cruz;

Pues la suerte más airada,
 tras mecerte en pobre cuna,
 noble, te negó fortuna,
 soldado, rompió tu espada;
 vióse la fama ultrajada
 por la envidia más rastrera.
 ¿Qué contra tí no emprendiera
 si pudo lograr, al cabo,
 poner los hierros de esclavo
 al que á ser grande naciera!

Y lo fuiste á su pesar;
 que, perdiéndote el morir,
 despues de tanto reir
 empezó el mundo á llorar.
 Hoy tu nombre para honrar,
 mármoles labra sin cuento,
 y vierte tu pensamiento
 en todo humano lenguaje,
 porque á do llegó el ultraje
 llegue el arrepentimiento.

Himnos de entusiasmo canta
 cuando tus glórias pregona,
 y allí pone una corona
 donde pusiste la planta;
 nunca á tu sien la levanta,
 pues, siendo del génio fuente,
 más alto honor no consiente;
 y al ceñirla de laurel,
 en vez de honrarla con él,
 honrára al laurel tu frente.

Hoy que acabó tu existencia,
te ofrecen de amor señales,
con las magestades reales,
los príncipes de la ciencia.
A tan alta inteligencia
aplauso rinden sus manos;
á par de los soberanos
te elevan por justa ley,
que tú tambien eres rey
y los reyes son hermanos.

Nadie comprendió, quizás,
tu grandeza, en esta esfera,
como la pátria de Herrera
que hoy te ensalza una vez más.
Si en ese mundo en que estás
hay de la tierra memoria
y quieres seguir la historia
de tu paso por el suelo,
rasga el pabellon del cielo
para contemplar tu glória.

FEDERICO GARCÍA CABALLERO.

A Miguel Cervantes

ODA

Dolor fecundus

Nó en el florido lecho
De regalada placentera vida,
El génio despertó, que sólo al golpe
Del infortunio y del dolor herida,
El alma vuelvè sobre sí, y gigante
Del estupor ocioso se levanta;
Como en chispa vibrante centellea,
Al rudo choque, el sílice dormido
Y el silencioso plectro, sólo canta
Por entusiasta exaltacion herido.
No de otro modo, tú, Miguel insigne,
Al par que á la natura,
Al infortunio que tu vida envuelve
Debiste el génio asombrador del mundo;
Que del raudal sereno que desliza,
Por el cáuce profundo,
Entre bordadas plácidas riberas
Su ancha linfa de plata,
Apéna el eco bullidor se siente,
Miéntras canta el torrente
El himno de la hirviente catarata.

Guardar dentro del alma
Culto perpétuo al bien; soñar el cielo,
Cuando en perenne anhelo
Roba el dolor la suspirada calma;
Concebir en su espíritu afanoso
Mundo de luz, entre la densa bruma
Que su vida envolvió; dar generoso,
En cambio de miserias y dolores
Con que la necia ingratitud le abruma,
El singular, irónico poema,
En cuya forma, sin igual, se esconde
El constante dualismo de la vida;
La idealidad del alma generosa,
Y el límite grosero del sentido,
Donde musa donosa,
Con la risa encubrió triste gemido.
Así Cervántes fué; la Providencia
Animadora del hispano aliento,
Condensó en pensamiento,
Del vate, en el ingénio peregrino,
La colosal gigante prepotencia
Que la España alcanzó; como el marino,
De vasta inteligencia soñadora,
Dejó á su pátria mundos ignorados,
Vírgenes, bosques, mares infinitos,
Que aún de los siglos el saber explora;
Y si los héroes de la pátria mia
Dieron á su corona la esmeralda,
Cuando el mar vasallaje le rendia,
De Cervántes el génio sin segundo
Daba á España, en sus tríunfos arrogante,
De su diadema el fúlgido diamante,
Astro de luz fascinador del mundo.

Humilde el vate, en su genial grandeza,
 No se inspiró en la múltiple injusticia
 De natura y los hombres, y el despecho
 No abatió, con el tedio y desencanto,
 El esforzado aliento de su pecho
 Ni de su génio actividad fecunda;
 Y el oscuro soldado, luz de España,
 Pudo dar á su pátria, por tributo
 De su entusiasta amor y fé profunda,
 De su almo génio el portentoso fruto;
 Y á más su sangre, que en Lepanto vierte
 Con heróica bravura
 Mutilado robándose á la muerte,
 Para llorar perenne desventura.

Los siglos pasarán: del pátrio suelo
 Los campos y ciudades,
 Trocar bien puede, vengador el cielo
 En yermas soledades;
 Pero tu nombre augusto,
 Tu leyenda, tu hidalgo, y tu escudero,
 Inmortales serán, y eternizada
 De ellos al par, la castellana lengua
 En sus sabrosas pláticas usada:
 Que el Cid y los gloriosos capitanes
 Que el honor español alzaron tanto,
 No dieron á la pátria agradecida,
 Eterno honor, y perdurable vida,
 Como el pobre soldado de Lepanto.

Miéntras la noche del pasado oscura
 Más y más á Cervántes nos aleja,
 Los siglos agigantan su figura;

Mírale nuestro espíritu extasiado,
 Por mágica ilusion esclarecido,
 En pedestal inmenso colocado,
 Que le alzaron las glórias españolas
 Sublimadas por él; su diestra mano
 La espada ostenta y la donosa lira,
 En más gloriosas lides vencedora
 Que el acero inhumano;
 En su mirada, que piedad respira,
 Serena, como el cielo donde mora,
 Del génio y del cristiano se reflejan
 Carácterés augustos; de sus lábios
 Beso de amor á nuestra pátria envía,
 A quien debió el nacer y sus agravios;
 Y en el divino ambiente en que se baña
 Himno eterno de amor de su alma brota,
 Y aún de su vida en el naufragio flota,
 Un dulce nombre, España.

Como el cantor y el héroe de Arauco,
 Como el cantor de Flérida apenado,
 Fué guerrero tambien, y si gigante,
 Miró España, á sus plantas subyugado
 El Pacífico mar y el mar de Atlante;
 Si por do quier que el luminar del dia
 Los senos de la vida dilatava,
 En su tenaz porfia
 Dominios españoles encontrava;
 Y si tras siglos de gigante lucha,
 Incansable fortuna sonreia
 Al valor español, y coronaba
 La fé profunda que en su pecho hervia;
 Si de tantas grandezas el portento

Con la ayuda de Dios España alzaba,
 Cervántes, con su génio, las llevaba
 A la vasta region del pensamiento.

Sóbrio, sencillo, sin mirar perdida
 Del corazon la juvenil ventura;
 Sin par gracejo; insigne donosura,
 En los más duros trances mantenida:
 Para la muerte, que incesante estalla,
 Desden sublime, natural olvido;
 Intrepidez sin freno en la batalla,
 Y amoroso perdon para el vencido:
 Infatigable espíritu y aliento
 En el trabajo abrumador y rudo;
 Cantos de vida, animador contento,
 Contra el honor invulnerable escudo:
 Indomable valor, alma atrevida
 De imposibles empresas vencedora;
 Candorosa piedad, con que avalora
 La religiosa fé que en su alma anida....
 Así el pobre soldado:
 Así el héroe ignorado
 De aquella España inmensa y prepotente,
 A quien vírgenes mundos se ofrecian
 Para ceñir más láuros á su frente:
 Así el manco sublime.
 A estos timbres, unid el rico ingénio
 Con que su heróica oscuridad redime,
 Y el autor del Andante Caballero,
 Tras sus duelos prolijos,
 Gigante se alzará como el primero,
 De nuestra pátria, entre los grandes hijos:

Encarnacion suprema, eterna gloria.
 Del génio entero de la pátria mia,
 En la ocasion más alta de su historia.
 Por eso al consagrar mi humilde canto
 Al vate insigne admiracion del Orbe,
 Al heróico soldado de Lepanto,
 Canto, al par, la magnífica grandeza
 De la pátria adorada,
 Hoy, de tan alto sólio descendida,
 Con su gloriosa sangre redimida,
 Y por su inmenso génio sublimada.
 Vates, cantad; su ingénio peregrino
 Os dió la forma en que cantais su gloria,
 Y su númen divino
 Es el aliento de la pátria historia.
 Que la España inmortal del gran Cervántes,
 Alcanzó, con el pasmo de su génio,
 Tras sus luchas gigantes,
 El cetro de los mundos y el ingénio.

Y tú, ilustre Miguel, si cuanto encierra
 De noble y distinguido,
 La rica hispana tierra
 Hoy, al par de este suelo esclarecido,
 Himnos en tu loor piadoso entona,
 Es, que la pátria mia
 Su ominoso letargo sacudiendo,
 Resucitar sus glórias ambiciona,
 De tus augustas sienas recojiendo
 De todas sus grandezas, la corona.

ELOY GARCÍA VALERO:

A CERVANTES

En un lugar de la Mancha....

Al quererte cantar en mi locura,
el eco débil que mi voz levanta
es tan sólo, Cervantes, de amargura,

Es la espresion de mi entusiasmo santa,
más la voz que elevar pretendo al Cielo
agoniza y se apaga en mi garganta,

Modulando al morir, con triste anhelo,
en vez de frases llenas de poesía,
gemidos de dolor y desconsuelo.

¡Ay! ¡Cuántas glórias de la patria mía,
cuántos génios por todos admirados
en más lejano y venturoso día,

Hoy yacen en sus tumbas sepultados,
como escombros de templos seculares
por la mano del tiempo derribados!

F



De las rugientes olas de los mares
que avanzan coronadas por la bruma
á estrellarse en las rocas á millares

Con ímpetu veloz ¿qué resta en suma?
¡Un eco que la brisa aleja ufana
y leves copos de rizada espuma!

Así sucede con la glória humana,
hoy le rinde tributo al varon fuerte
mas ¿quién sabe leer en el mañana?

Tal vez, por burla inícua de la suerte,
al varon de virtud no desmentida
le esperará el olvido con la muerte,

Y al génio que en el curso de su vida
sólo desprecios mereció del mundo,
le esperará la glória merecida.

¡Oh! Sí, Cervántes; con afan profundo
hoy tu infeliz España, que en su pena
lágrimas vierte de dolor fecundo

Y te saluda de entusiasmo llena,
redime su pasado con tributo
de llanto que sus ojos envenena.

¡Tarde, muy tarde, sí, viste de luto!
¡Pero bendito el árbol, si aunque tarde
llega á arrojar el anhelado fruto!

De pródigarte penas hizo alarde
amargando cruel tu vida inquieta,
mas hoy el entusiasmo en ella arde

Y su ventura, al fin, juzga completa
al ceñir á tu frente los laureles
del mártir, del soldado, y del poeta!

¡Ellos son de tu gloria los más fieles,
y con ellos adornan tu pobreza
al retratar tu imagen los pinceles,

Que ellos son los que honrando tu cabeza,
hacen del mundo á la estension gigante
estrecho pedestal de tu grandeza!

Por la luz de la fé pura y brillante
iluminado en tu febril anhelo,
tu génio logró hallar, siempre arrogante,

Las alas que buscaba en su desvelo,
y con ellas alzándote del mundo
beber supiste inspiracion del Cielo!

Tú adelantaste con afan profundo
á tu siglo, que ciego caminaba,
sin comprender tu génio sin segundo

Y que tu justa gloria te negaba;
mas ¿qué importa que no te comprendiera?
un siglo que á la vida despertaba,

Si este siglo que tanto le supera,
que atrás se deja el pensamiento mismo
del vapor con la rápida carrera,

Que de la ciencia en el profundo abismo
sabe hallar la verdad apetecida
y en fé trueca por fin su excepticismo,

Que traspone distancias sin medida
con una rapidez vertiginosa
tan sólo á la del rayo parecida,

Que orada la montaña magestuosa,
y habla, salvando leguas, siempre fuerte,
con la voz del telégrafo asombrosa;

Si este siglo que al fin tu génio advierte
y te tributa el láuro merecido,
es el siglo que empieza á comprenderte!

Tu nombre que en las sombras del olvido
tanto tiempo yaciera sepultado,
cual sol por nubes mil oscurecido,

Hoy yá, como torrente desbordado,
que en río se transforma de torrente
y es por último mar alborotado,

De polo á polo lleva su corriente,
y tu ingénio grandioso y soberano
va publicando con afan creciente.

Todo poder contra tu glória es vano;
se fija cauce al desbordado río
mas ¿quién opone un dique al Océano?

¿Quién vence de tu glória el poderío,
si ha alcanzado en el mundo tal valía
que trueca el entusiasmo en desvarío,

Y la España, la noble pátria mia,
que alcanzó las victorias arrogantes
de San Quintin, de Otumba y de Pavía

No cambia, nó, laureles tan brillantes,
por el laurel de inmarcesible glória
de ser la madre augusta de Cervántes!

¡Ésta es del génio la terrible história!
¡Hallar sólo desprecios en la vida
y legar á los siglos su memoria!

Correr con ansiedad no desmentida
en pos de un ideal, de una esperanza
siempre soñada y nunca conseguida;

Ver con dolor que cuanto más se avanza
más aquel ideal huye y se aleja,
y convencerse, al fin, que no se alcanza;

Y entónces exahalando amarga queja
la esperanza al perder ¡nada hay tan triste
como el vacío que en el alma deja!

¡Pátria del corazon! Tú que le viste
cruzar la senda de dolores llena
que ante sus ojos sin piedad pusiste

Fija la vista en Dios, siempre serena,
y sin doblar la pensadora frente
bajo el peso infinito de su pena,

Tú, que fuiste á su glória indiferente,
un tiempo que pasó, y hoy te abandonas
su pérdida á llorar amargamente,

Vén, pues, tanto sus tríunfos ambicionas,
y redimiendo tu anterior locura,
abruma sus éstatuas con coronas;

Que yó, presa de horrible desventura,
al dejar de cantar, tan sólo acierto
á modular palabras de amargura,

Tristes palabras que en mi lábio yerto
brotan leves, confusas, vacilantes,
reflejando del alma el desconcierto;

Vén España, y con sonos arrogantes
un himno inmenso de tu pecho brote;
vén, y conmigo dí ¡Glória á Cervántes!
¡¡Glória al autor insigne del *Quijote!*!

JUAN ANTONIO CAVESTANY.

TERCER TEMA

UN ASUNTO TOMADO DE LA HISTORIA

Ó DE LAS

TRADICIONES DE SEVILLA

El Verdugo de Tablada

*Tal se nombra JUSTICIERO que
debiera llamarse AJUSTICIADOR.*

I

EL REY BERMEJO

Sobre un caballo muy negro,
Con un alquicel muy blanco,
Y un ademán muy altivo,
Y un corazon muy bizarro,
Cabalga el rey de Granada
Bajo los copudos álamos
Que la orilla del Genil
Cubren con espesos arcos.

Sobre el almaizar de gasa,
Que mueve el viento jugando,
Luce damasquino almete,
Por una diadema orlado,
Cuyas perlas son más bellas
Sobre el acero brillando;

Que está bien á una corona
Tener por cimientu un casco.
Triste va el rey de la Vega
Y, del peligro olvidado,
Deja correr á su potro
Por los senderos más ásperos,
Quedando entre los jarales,
Como señal de su paso,
Girones de la gualdrapa
De fino aljofar bordados.

En pos trescientos zenetes
Vuelan, al viento flotando
Capuces de sus marlotas,
Y de sus tocas los lazos.

Todo en noche tan serena
Saluda al rey con halago:
La luna en las fuertes golas
Quiebra vacilantes rayos;
El céfiro se solaza
Con el airon de los cascos,
Y el ruiseñor, que en los cármes
Reina también soberano,
Con plañidera armonía
Entona dolientes cantos,
Á que contestan murmullos
De las hojas del naranjo.

¿Qué importa que el rey oculte
Sus pensamientos amargos
Si el rostro del hombre es puerta
Do se asoman los cuidados!

Hoy recuerda aquella noche
En que, rebelde vasallo,
La corona de Ismail
Asió con empeño tanto
Que trajo en pos la cabeza
Del vencido soberano.

Auxilio de tal valía
Al rey Don Pedro faltando,
De paces con Aragon
Hubo de firmar un pacto,
Y, del vasallo rebelde
Para vengar los agravios,
Embiste por la frontera
Sus castillos arrasando.
Alza pendon Mohamad,
El monarca destronado,
Y vencido el rey Bermejo
Siente en el alma desmayo.

En sangre fundó su trono,
Y hoy por la fuerza del hado,
Pues la sangre pide sangre,
Llega de su deuda el plazo;
Y, más que á Edriz Aben-Balva
Á su destino escuchando,
Corre á entregarse á merced
De quien, rey, nació villano.

En las sombras de la noche
Ve surgir á cada paso,
Como heraldos de su sino,
Aterradores presagios;

¡Que donde es juez la conciencia,
Levanta el pavor cadalsos!

Así traspone los cerros,
Y así cruza por los llanos,
Hasta que una voz potente,
Desde castillo cercano,
Vino á disipar sus sueños
«¡Alerta! ¡Alerta!» gritando.

Detiénense los ginetes,
Y se avanza á poco rato
El Frontero de Baena,
Del rey Don Pedro vasallo,
Gutier Gomez de Toledo,
Que ostenta sobre el tabardo
La cruz de Malta, cual cumple
Al Prior de Hospitalarios.

Oye afable al rey Bermejo
Y dice, tras de escucharlo,
—«Entrad, rey, en el castillo
Por mi honor asegurado,
Y cuando el cielo coloren
Del sol los primeros rayos
Á Sevilla partiremos,
Que hasta allí quiero escoltaros.»

II

EL ALHAYTE DE LA MORA

Apenas solo el monarca,
 Busca descanso en el sueño,
 Más que á su cuerpo rendido,
 Á sus tristes pensamientos.
 Por virtud de cierta droga,
 Prodigio de un hechicero,
 Espera dulces visiones
 Ni dormido ni despierto;
 Pues, entre sueño y vigilia,
 Cuenta los pasos del tiempo.
 —«¿Vendrá? ¿Vendrá?—murmuraba;
 »Traiganla Dios ó el deseo,
 »Que si mi dicha es soñada,
 »Siempre las dichas son sueños.»

En una estancia vecina
 Deslízase, á poco tiempo,
 Un doncel de los que lleva
 En su guarda el rey Bermejo.

Cuando la cota descíe,
 El alfareme, cayendo,
 Suelta en ondas de azabache
 Sobre la espalda el cabello;
 Torna el agua en alabastro
 Un semblante asaz moreno;
 Encierra el talle flexible
 En rico traje arabesco;

Ajorcas pone en sus brazos,
 Y sobre el nevado seno,
 Que con descuidos traidores
 Guardan transparentes velos,
 Prende un alhayte de aljofar,
 Que tiene un balax en medio
 Como sus ojos brillante,
 Como sus labios bermejo.

Llega del rey á la estancia,
 Alzando tapiz espeso,
 Con una guzla en la mano
 Y un volcan dentro del pecho;

Siente, al mirarle dormido,
 Como un vértigo sangriento;
 Y, forzando una sonrisa,
 Murmura quedo, muy quedo:
 —«A hierro mató á mi padre
 Y debe morir á hierro,
 Mas no le coja la muerte
 En el eden de los sueños;
 Temblando, como un bandido,
 Rinda al verdugo su cuello,
 Y á Mohamad la corona
 Que yo por juro le debo;
 Pues se la quitó mi padre
 Y devolvérsela quiero.»

Y, acariciando la guzla,
 Arrancan tonos sus dedos,
 Tristes como los suspiros,
 Apagados como el miedo.

Semeja su canto arrullo,
 Por lo callado y lo tierno,
 Al murmurar esta trova
 Que escucha el rey entre sueños:

«Despierta, rey de Granada,
 »Que, en sus ardientes desvelos,
 »La enamorada Jarifa
 »Viene á buscarte en tu lecho;
 »Todo duerme, todo calla,
 »Vé cuál palpita mi seno,
 »Y cuál brotan de mis lábios
 »Con los suspiros los besos.
 »Despierta, rey de Granada,
 »Estoy sola y tengo miedo,
 »Te traigo dichas y lloro,
 »Me estoy abrasando y tiemblo.
 »Vén á la luz de la luna
 »Que, con sus rayos serenos,
 »Da en las sombras de la noche
 »Dulce cuidado al misterio;
 »Y en tus brazos arrullada,
 »Embriagándome en tu aliento,
 »Yo te enseñaré que hay dichas
 »Que aventajan al deseo.
 »¡Mas no me escuchas y duermes....;
 »Guarde Alá tan torpe sueño!
 »Cuando te despierte el alba
 »Yo estaré léjós, muy léjós.
 »De mi amor y tus desdenes
 »Te dejo para recuerdo
 »El alhayte que, encantado,
 »Colgó una maga en mi cuello.

»Guárdalo, rey, por tu vida,
 »Prenda de amor ó amuleto,
 »Pues el que pierde esta joya
 »Tiene que morir á hierro.
 »Volveré á verte en Sevilla:
 »No tardes, allí te espero.»

Calló la mora, y colgando
 Del monarca sobre el pecho
 Aquel alhayte de aljófar
 Que tiene un balax en medio,
 Salió de la régia estancia,
 Y su disfraz recogiendo,
 Entre la guarda morisca
 Confundióse á poco tiempo.

Al primer rayo del alba,
 Al añafil respondiéndolo,
 Las castellanas trompetas
 Dieron sus voces al viento.

Cabalga el rey de Granada,
 Escoltado del Frontero;
 Clava entrambos acicates;
 Suelta de su potro el freno,
 Y asiendo con ámbas manos
 Un joyel que lleva al pecho:
 —«Vuela, mi potro,—decia,—
 »;No era sueño, no era sueño!»

III

JOYA POR JOYA

Recibe el rey de Castilla
Afable á la córte mora,
Y ofreció zanjar el pleito
Que por armas se negocia
Entre los bandos que piden
De Granada la corona.

En la Judería Vieja
Aposento les otorga;
Y, al salir del real Alcázar,
Sobre la mullida alfombra
Caer deja un pergamino
Un zenete de la escolta.

Recójelo el rey Don Pedro,
Y ve, cuando lo desdobra,
Seis renglones que así dicen
En aljamía muy tosca:
—«Si es tan galan el monarca
»Como la fama pregona,
»Esta noche al dar la queda,
»Recatado por las sombras,
»Cruce á caballo la aljama
»Sobre el camino de Córdoba.»
Mucho le place al monarca
Esta cita misteriosa,
Pues de valiente se pica,

Y de rondador blasona,
 Y apenas cierra la noche
 Viste una ligera cota;
 Cala un almofar de malla
 Bajo la bordada gorra;
 En un capellar se envuelve,
 Que oculta récia tizona,
 Y, requiriendo un caballo,
 Vuela al camino de Córdoba.

Al penetrar en la aljama
 El noble bruto reporta,
 Y camina paso á paso
 Sin recatarse en la sombra;
 Que si el misterio interesa,
 Ocultarse le sonroja.
 De una casa no muy grande,
 Mas cuyos muros adornan
 Alicatados moriscos
 Que noble vivienda abonan,
 Por el ajimez mas alto,
 La luz de pálida antorcha
 Baña, más bien que un semblante,
 Un ensueño de Mahoma
 Bello como la esperanza;
 Dulce como las memorias.

Mira al rey y se sonrie,
 Y, ante vision tan hermosa,
 Estremécese el monarca;
 Palpita un beso en su boca;
 Siente agolparse en el pecho
 Hirviendo la sangre toda,

Y como él trueca en verdades
 Las ilusiones más locas—
 Cuando como rey no manda,
 Porque su valor le abona—
 Abandonando el caballo;
 Echando atrás, por si estorban,
 De su capellar los pliegues,
 Y requiriendo una broncha,
 Arremete por la puerta
 Que le defienden las sombras,
 Aposentos del peligro,
 De la traicion protectoras.

Sube, buscando un reflejo
 De aquella luz de la glória,
 Y en camarín recatado,
 Como una perla en su concha,
 Entre tapices de seda,
 Sobre orientales alfombras,
 Y reclinada en cojines
 Bordados de oro y aljofar,
 Halla á la sin par Jarifa,
 La noble princesa mora.

Absorto el rey se detiene
 ¡Él que de nada se asombra!
 Falta voz á su garganta,
 Fáltale aliento á su boca,
 Y extático esperaria
 Allí la luz de la auróra
 Si á tan dulce arrobamiento
 No le arrancára, armoniosa,
 Una voz que le saluda

- Y al saludarle le nombra.
 —Alá te guarde, Don Pedro;
 --Pienso, por mi fé, señora,
 Que yá no puede guardarme
 Para venturas y glórias,
 Pues quien á miraros llega
 Harta bienandanza logra.
 —De galan el rey se precia.
 —Muy ménos que vos de hermosa.
 —Dijérais mejor de triste.
 —Mal dijera, por mi honra,
 Pues sois, para mí, la dicha
 Y en ella el dolor no mora.
 —¿Vinísteis á enamorarme?
 —Dijéronme que una joya
 Se guardaba en esta casa
 Digna de mi real corona.
 —Mas pensad que no se vende.
 --Todo, señora, se compra;
 Y hay tal que al oro resiste,
 Y por suspiros se logra.
 —Largo sois en confianzas.
 —Confianzas dan victorias.
 —Humilde ha de ser quien pide.
 —Siempre la humildad sonroja,
 Y quien galardón pretende
 No tasa en poco sus obras.
 —Ved que, si os teneis en mucho,
 Pediros han grandes cosas.
 —Mal dijeran á ser chicas
 Del valer de mi persona.
 —¿Á prueba os dáis?
 —Dóime á prueba.

—Ved que os obligais.

—No importa.

—Siento antojos de un alhayte,
Con que el rey moro se adorna,
Y tiene un balax en medio
Entre dos hilos de aljófar.

—Poco pedís, por mi vida.

—Acaso pedí de sobra.
Hasta entónces, señor rey;
Y, pues cual joya preciosa
Á comprarme habeis venido
Por suspiros ó por doblas,
Yá sabeis en qué me aprecio;
Pensadlo: joya por joya.
É irguiendo el talle flexible,
Alza un tapiz presurosa,
Lleva una mano á sus lábios,
Un beso al aire abandona,
Y por oculto camino
Se desliza entre la sombra.

Lánzase el rey á la calle,
Y el umbral apénas toca,
Preséntale su caballo
Un negro que lo custodia;
Pone una rodilla en tierra,
Dando á Don Pedro la otra
Para que sirva de estribo,
Rápido el monarca monta;
Suelta á su corcel la brida,
Y al africano una dobla,
Y en demanda del Alcázar
Arranca en carrera loca,

Como un demente gritando:
 «¡Ay de él, si no me la otorga!
 Si no por oro, por hierro.
 Dice bien: joya por joya.»

IV

REY Y VERDUGO

De su real alojamiento
 Á salir se disponía
 Una noche Abu Said
 Con bizarra comitiva.
 El Maestre de Santiago
 Rico banquete le brinda,
 Y quiere honrar al Maestre
 Por temor ó cortesía.

Yá dispuesta su litera,
 Anúncianle la visita
 De Martín Lopez de Córdoba,
 Que el noble cargo servía
 De camarero mayor
 Cerca del Rey de Castilla.

Despide pajes y escolta,
 Por si el secreto precisa
 Al importante mensaje
 Que tal servidor traía;
 Pues no ha de ocuparse en poco
 Varon que tan alto frisa.

Martín, en nombre del rey,

Con franca cortesanía,
 Mas demostrando en su empeño
 Que manda cuando suplica,
 Ofrece treinta mil doblas
 Por el collar de Jarifa,
 Amen de un trono en Granada
 Y en la frontera tres villas.
 Escúchale el rey Bermejo
 Con desden más que con ira,
 Y poniéndole delante
 Un tesoro en piedras finas:
 —«Contestad—dice—á Don Pedro,
 Que todas las joyas mías
 Suyas serán, si las quiere,
 Mas, por Alá, no me pida
 La sola prenda que guardo
 Del amor de mi Jarifa,
 Cual cimientto de esperanzas
 Y de memorias reliquia.
 ¿Véis si valen estas joyas?
 Pues cien tantos yo daría
 Por el balax de mi alhayte
 Y por su perla más chica;
 Pensad si hay para pagarlo
 Hartas doblas en Castilla.»

Partió de allí Martin López
 Y, algunas horas corridas,
 Cuando en la mesa el Maestre
 Con su huésped departía,
 Un tropel de ballesteros,
 Con el robo por consigna
 Y la violencia por ley,

Prende á la córte morisca,
 Sus joyas arrebatando
 Cual ladrones en cuadrilla.

Mas nó, no róba el monarca
 Si al despojar asesina,
 Porque, prestando á la muerte
 Apariencias de justicia,
 Bienes del ajusticiado
 Son del rey que los confisca.
 Y así, por lavar con sangre
 Pecados de la codicia,
 Entre los moros, Don Pedro,
 Busca treinta y siete víctimas.

Con ellas Abu Saíd,
 Pasados sólo dos dias,
 Caballero en un jumento
 Al suplicio se encamina,
 Con túnica de escarlata
 Escarnio á su gerarquía.
 Va delante un pregonero
 Clamando:—*«Esta es la justicia
 Que manda facer el rey
 En los que fueron un dia
 En la muerte de Ismail
 Su rey é señor.»*—Y grita
 La plebe y bate las palmas
 Por demostrar su alegría;
 ¡Que en la infamia y en la sangre
 Halla el esclavo su dicha!

En el campo de Tablada, . . .

Formando siniestra fila
 Y á sendos postes sujetas,
 La muerte esperan las víctimas.
 Un escuadron de sicarios
 Sus viles armas enristran,
 Mas Don Pedro *el Justiciero*,—
 Que quiere dejar cumplida,
 Por padron de su vergüenza,
 Memoria de tal perfidia—
 De verdugo ejecutoria
 Allí ante el mundo se firma;
 Pues, para dar la señal
 Á tan ruin acometida,
 Asiendo una fuerte lanza
 Al rey moro se encamina,
 Y miéntras rasga su pecho
 Con roncás voces le grita:
 —«*Toma, por que me ficiste*
Facer mala pleytestía
Con Aragon, é perder
El su castillo de Ariza.»—
 Alza los ojos el moro,
 Sobre Don Pedro los fija,
 Y exclama:—«*Hoy ficiste, rey,*
Pequeña caballería.»—
 Y en tanto que los verdugos
 A sus gentes acuchillan,
 Dá un gemido, se estremece,
 Cierra los ojos y espira.
 ¡Malhaya el rey sin honor,
 Que nuestra historia mancilla
 En vil puñal convirtiendo
 La espada de la justicia!

¡Malhaya el que nace hidalgo
 Y al rendido sacrifica;
 Que nunca manda el derecho
 Como la nobleza obliga!

Vuela el rey aquella noche
 Al camarín de Jarifa,
 Llevando el robado alhayte
 Esperanza de su dicha.
 Halla el palacio desierto,
 Y cuando airado registra
 Buscando un sér en quien cebe
 Los impulsos de su ira,
 Sobre la puerta clavado
 Un pergamino divisa,
 Que arranca, casi en girones,
 Y vé que así le decía:
 «Guardad, Don Pedro, esa alhaja,
 Yo me parto de Sevilla,
 Que contra joyas sangrientas
 No trueco joya tan limpia.
 Ese balax encantado
 Refresca sus rojas tintas
 Con sangre de los monarcas
 Que sobre el pecho lo fijan.
 Fué muerto Ismaíl mi padre,
 Perdió Abu Saíd la vida,
 Y tú morirás á hierro;
 Y no has de ver alegría,
 Ni hallar momento de calma,
 Pues esa joya maldita
 Se llama *El Remordimiento*,
 Que ántes de morir castiga.

Es fama que de Montiel
En la traidora campiña,
Al caer el rey Don Pedro
Bajo un puñal fraticida,
Al pecho lleva una mano
Para cubrir sus heridas,
Aprieta un joyel de perlas
De rojas manchas teñidas,
Y, ya espirando, murmura:
—«Estaba mi suerte escrita;
Que pide sangre de reyes
El alhayte de Jarifa.»

FEDERICO GARCÍA CABALLERO.



